

EL ÚLTIMO SACRIFICIO DE MARÍA ANTONIETA

De cómo dió su vida para salvar a sus hijos

EL rey de Francia había sido arrancado de los brazos de su esposa y de sus hijos por los revolucionarios que lo condujeron por las calles en una carreta, seguida por la multitud, entre el redoble de los tambores y las bayonetas de los soldados, hasta el cadalso. Allí, el verdugo y sus ayudantes, que de pie le esperaban, le cogieron brutalmente y le colocaron en la guillotina con tal violencia, que al caer la cuchilla le mutiló terriblemente el cuello. Luego, al son de los tambores batidos con más fuerza que nunca, y en medio de la ensordecedora gritería de las gentes que llenaban las calles, ventanas y tejados, levantaron la cabeza del rey para que el pueblo la contemplara; y así Francia quedó sin rey.

La gran prisión de París encerraba, entre tanto, una atribulada familia: la reina María Antonieta, sus dos hijos y una hermana del difunto rey. Los niños se estrechaban contra su madre y la hermana del rey contemplaba a la reina viuda con los ojos arrasados en lágrimas. ¿Qué suerte les aguardaba? ¿Quedaría satisfecho el pueblo de París con la muerte del rey Luis? O se dirían: « ¿Su esposa todavía vive, y su hijo, a quien las naciones extranjeras llaman rey de Francia ?»

Los días transcurrían con terrible lentitud en la gran prisión, cuya severa disciplina había sido mitigada un tanto, permitiendo a la reina la visita de sus amigos, algunos de los cuales eran verdaderos hombres de acción, que sabían el peligro que amenazaba a María Antonieta y el que corrían ellos mismos siendo sus amigos. Pero todos eran valientes... todos, menos uno. El pensar en esta hermosa mujer inclinada bajo la guillotina, hacía estremecer su bravo corazón. Juraron, pues, salvarla, mas el cobarde no participó del mismo entusiasmo de sus camaradas.

En aquellos días existía un peligro mayor que todos los demás, el de ser tomado por sospechoso. Francia se había desembarazado de su rey, convirtiéndose en una república sin jefe, en la cual *nadie se podía fiar de su vecino*. El pánico se apoderó de los parisienses. Al solo rumor de que alguien se lamentaba de la muerte del rey, aquella persona iba irremisiblemente a parar a la guillotina. La sangre corría continuamente por la plaza llamada « de la Revolución ». Las esposas veían a sus maridos arrebatados de su lado, las madres a sus hijos; nadie estaba seguro. Era el reino del Terror.

Y, sin embargo, en este estado de terror universal, los amigos de María Antonieta, hasta el mismo cobarde, se dispusieron a arrancarla de la prisión. Hermosa acción noble y audaz que hace a aquellos hombres merecedores de la admiración de la humanidad entera y hasta disculpa al cobarde. No se trata aquí de discutir si María Antonieta merecía tanta abnegación, sino de la leal empresa de aquellos sus amigos, que no podían consentir tan horrible muerte en las calles y que, al intentar evitarlo, corrían el riesgo de ser despedazados por la multitud. Debió haber momentos solemnes en que hasta el mismo cobarde olvidaría sus temores.

Con este fin trazaron sus planes y así un día fueron a visitar a la reina, a quien expusieron su decisión de salvarla a ella y a sus hijos. Entonces el cobarde expuso sus temores; la reina se esforzó en animarle, mas él, que era profesor, adujo argumentos para la demora, los cuales eran absolutamente lógicos; nadie que los oyera podía refutarlos, pues su argumentación era incontrovertible. Pero hay una cosa en el mundo que puede destruir la más sana lógica, ¡el curso del tiempo! Mientras el profesor argüía, el tiempo pasaba, y la ocasión de libertar a la reina se perdió.

Habían, por entonces, las naciones extranjeras declarado la guerra a Francia. Dantón, uno de los reyes sin corona de esta nueva república, les había comunicado la siguiente respuesta:

—Puesto que los reyes de la tierra nos atacan, a sus pies arrojamos, como reto de desafío, la cabeza de un rey.

Y Francia se levantó en armas para defenderse de sus enemigos.

—¿Qué hacemos de la reina y de sus hijos?—se preguntaron los hombres del Terror. Entonces se aumentó el número de sus guardianes, haciéndose así la evasión imposible.

Pero los amigos de María Antonieta insistieron en su idea, sin la intervención del profesor. El peligro que corría ahora la reina, era mucho mayor. El pueblo pedía su cabeza.

—¡Es esa austriaca la que nos ha traído la guerra!—gritaban por todas partes.—¡Abajo la austriaca!

Entonces sus amigos se dijeron:—Ahora o nunca.

Salvar a la reina con sus hijos era imposible; únicamente la reina sola hubiera podido escapar, y así pusieron en ejecución sus proyectos, desafiando el peligro.

Fueron, pues, los bravos conspiradores a ver a la reina, proponiéndole la evasión. Ella les miró sorprendida, sin comprenderles.

—¿Qué? ¡dejar a mis hijos!—dijo la madre, con arrogancia y altivez, mirando a sus amigos.—¡Imposible!

Pero la hermana del difunto rey habló encarecidamente a la reina aquella misma noche.

—Vos sois aquí la única que corréis peligro. Por el bien de vuestros hijos debierais escapar. Un día vuestro hijo llegará a ser rey de Francia, y entonces ¿no necesitará a su madre al lado suyo? Y mientras vos estaréis oculta hasta que esta tiranía haya desaparecido, yo haré de madre a vuestros hijos. No es por vos misma por quien debéis hacerlo, sino por ellos.

María Antonieta escuchó, y respondió a su cuñada:

—Decís bien, huiré.

Aquella noche estaba la reina sentada con su cuñada a los pies de la cama del príncipe, que dormía. La madre miraba al niño, cuyo rostro, lleno de vida, reposaba sobre el fino almohadón.

La princesita que estaba en el cuarto contiguo sin poder pegar los ojos, oyó toda la conversación de las augustas señoras.

—Permita Dios que este niño pueda llegar a ser feliz algún día—decía la reina mirando a su hijo.

—Estad segura, querida hermana, de que así será.

—La juventud, como la dicha, pasan volando—dijo la reina.—Nada en la vida es perpetuo y hasta la felicidad tiene su fin.

Luego púsose en pie y empezó a pasearse por el cuarto. La princesita escuchaba los pasos de su madre.

—Y a vos, querida hermana—dijo la reina,—¿quién sabe dónde y cuándo os volveré a ver? Entonces, deteniéndose, dijo:—¡No! ¡No! ¡es imposible! ¡Es imposible!

Este grito fué el sacrificio de María Antonieta.

No significaba que la fuga fuese imposible, sino que lo era abandonar a sus hijos. Su deber de madre había triunfado en su corazón. Más allá de los muros de la prisión veía que la salvación y la libertad le hacían señas y la llamaban con dulces palabras: dentro de aquellas custodiadas paredes, avanzaba triste y sombría la sombra de la muerte, al compás del tic tac del reloj.

De este modo, aquella pobre reina, que salió del lado de sus padres temerosa y llorando, cuando sólo era una niña de quince años, para ir a ser la esposa de un rey en tierra extranjera, donde, de carácter débil y ligero, había vivido la vida frívola del ambiente que la rodeaba; esta reina inconsciente, obligada a decidir entre su propia libertad o abandonar a sus hijos, renunció a la salvación y fué a la guillotina por amor de sus hijos. En este acto se portó sublimemente; quizás toda su vida hubiera sido también elevada y sublime, si el llamamiento a lo más elevado de su ser, hubiera sido tan determinado y fuerte como lo fué en aquellos momentos.

UN CIUDADANO MODELO

EN tiempo del Emperador Trajano, vivía cerca de Roma un hombre, llamado Spurina, a quien nos presenta Plinio como modelo del hombre perfecto, física y moralmente, puesto que demostró durante su vida entera y hasta una edad muy avanzada, lo que puede el cultivo de nuestros sentimientos y el cumplimiento de nuestros deberes de humanidad.

En su juventud fué Spurina valeroso soldado, y por sus méritos se le erigieron estatuas, en premio de haber cumplido como bueno con la patria en momentos de grave peligro. Habiéndose retirado a la vida del campo para librarse de los vicios de los romanos de aquella época, se levantaba temprano y se entregaba alternativamente al paseo y al estudio, cultivando al mismo tiempo las facultades del cuerpo y las del espíritu. Gustaba de tratar a los campesinos y de conversar con ellos sobre algo que pudiera serles útil, cumpliendo así un deber para con sus semejantes. Practicaba la caridad, visitaba a los pobres y a los enfermos, consolaba a los afligidos y oraba, cumpliendo así sus deberes para con Dios.

Para cada hora del día se había asignado una ocupación determinada. Pasaba algunos ratos en juegos alegres, para distraerse, en el seno de la intimidad; y como ejercicio físico a propósito para favorecer la agilidad del cuerpo y destreza de los miembros, solía ejercitarse en una especie de juego de pelota. Tenía horas fijas para el baño, para la comida, para el descanso y para todo. Cuidaba de los animales; daba consejos a los niños para que no los maltrataran y destruyeran; en sus trabajos agrícolas se proponía hermanar la parte productiva con el adorno, y hasta se cuidaba del cultivo de la voz, con recitaciones siempre morales y trozos históricos. Escribía, improvisaba, cantaba, etc.

Plinio visitó a este hombre extraordinario y refiere la impresión que le produjo, en las siguientes palabras: «Nunca he visto un anciano cuyas costumbres me sirvan mejor de guía, si llego a su avanzada edad. Nada más sano y metódico que su vida. Confieso que este orden en un hombre de tantos años y con el cuerpo erguido, la piel tersa, los ojos vivos y la inteligencia despejada, atrae mi admiración por igual manera como cuando contemplo la regularidad con que se mueven los astros».